

V A L E R I A B A R A H O N A

**S E Ñ O R I T A S
E N T O M A**

**U N C O L E G I O D E M O N J A S
E N L A R E V O L U C I Ó N P I N G Ü I N A**



SEÑORITAS EN TOMA
© VALERIA BARAHONA

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL
Nº 265.756

I.S.B.N.
978-956-8688-45-5

PRIMERA EDICIÓN DE 1000 EJEMPLARES
MAYO 2016

ILUSTRACIÓN DE PORTADA
RODRIGO ROJAS H.

EDICIÓN GRÁFICA
ERIC CARVAJAL E.

IMPRESIÓN
LIBROS INDEPENDIENTES

E M E R G E N C I A N A R R A T I V A . C L
e m e r g e n c i a n a r r a t i v a @ g m a i l . c o m

© Todos los derechos reservados. Tanto el contenido de este texto, como el diseño de la portada y contraportada, no pueden ser reproducidos, ni en todo ni en parte, ni registrados en o transmitidos por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, magnético, fotoquímico, electro óptico, mediante fotocopia, o cualquier otro existente, sin el permiso por escrito de la editorial o de la autora.

—

Impreso en Valparaíso, Chile / Printed in Valparaíso, Chile

Pie derecho sobre la barra, tronco estirado con las manos envolviendo el tobillo izquierdo y la mirada al frente antes de girar al ritmo del dulce martilleo de una cajita musical, sonreír y tomar el pie opuesto, luchando con mantener el estómago y las nalgas apretadas para que la malla no se corriera.

—Eso es, ahí está bien. No bajen la vista —dijo firme la Miss Elizabeth desde el gran espejo que atravesaba el gimnasio, artefacto frente al cual me golpearon mis ojos grises, intentando lograr la elegancia de un cisne de cuello negro sobre el Calle-Calle.

Tanta belleza envuelta en seda, cadenas de oro y desnuda de sentido.

—Ya pos, Aldunate, faltan tú y las niñas no más. Piensa que en unos días se va a acabar esto del colegio y hay que tener conciencia del país, del futuro... Tú más que nadie porque vái a ser monja y después darás clases, ¿qué Chile les vái a explicar a tus alumnas? ¿Las vái a mantener engañás como a nosotras?

—Ojeda, la que tiene que estar consciente de la tontera que están haciendo erís tú. Piensa en tus papás, en el nombre del colegio, en Domínguez...

—No me hablís de ese hueón.

—A ver, ¿qué tanta conversación hay ahí? —interrumpió la profesora.

—Nada, nada —afirmó Aldunate con las mejillas rojas. Éramos las únicas que permanecían con el pie apoyado en el fierro, el resto trataba de equilibrarse sobre los dedos.

—Bueno, entonces tendremos que ir a la protesta sin ti —dije suave tras su cuello despejado por el moño, una vez corregida la postura.

—No van a ser capaces —estiró los labios con desprecio por sobre el hombro.

Sonó el timbre para el recreo de las 10.30 y, como cada martes, nos ayudamos a desabrochar los machos y hembras de las mallas para circular por el camarín provistas sólo de calzones de algodón, en su mayoría blancos y decorados con alguna florcita.

Esa mañana ni siquiera pensamos en armar una guerra de agua. El silencio de las duchas era comparable al respeto y la belleza suave y recatada de los pumas ocultándose en la selva del sur, minutos antes de que empezara la lluvia.

Un mensaje de texto brilló nítido en las pantallas verdes y negras de los celulares de las alumnas del Cuarto Medio A, las que entendieron que la vida social no se limitaba a ir a jugar tenis al club, pasear por el Alto Las Condes y salir en las fotos de El Mercurio: "10.45. Salir de a 4. Al huerto. Esquina rosas blancas no hay cerco eléctrico. Saltar. Correr a Montt con Zárate. 11 todas afuera".

Quince minutos más tarde faltaban dos grupos. Aldunate y su séquito habían ido al casino por colación, dejándonos sin querer despejada la ruta de la huida. Catalina Aguirre ya estaba afuera, debido a que fue una de las primeras en arrancar para esperar a la gente, e ir en procesión hasta Américo Vespucio, la calle por donde pasaban los micros y cargaban las tarjetas de pago.

Teníamos el tiempo justo, ya que a las doce nos juntaríamos con los del Instituto Nacional en la entrada del Paseo Ahumada para marchar hasta la

Universidad de Santiago y luego al Parque de los Reyes, plexo solar de la ciudad capital.

Al mirar cómo las niñas se perdían entre los rosales, mientras en mi teléfono se leía "está todo bajo control, apúrate", me temblaron las manos: mañana estaríamos suspendidas quizás por cuánto tiempo, nuestros padres endurecerían los castigos, las monjas arderían de rabia y el único que nos aplaudiría sería el Cura San Martín, aunque su apoyo no servía de mucho ante la mesa directiva del colegio. Pero, por encima de todo, la duda sin voz palpitaba en ¿por qué lo estábamos haciendo? ¿de verdad creíamos que una educación gratuita e igualitaria solucionaría gran parte de las injusticias del país, en las que varios apoderados eran cómplices, o sólo teníamos ganas de gritar que éramos más que un grupo de niñitas bien?

Quizás fue una mezcla de todo.

—Nos vemos, suerte —me dijo al oído García. Quedábamos tres de este lado del muro.

—Oye, ¿vamos a llegar con las manos vacías a la marcha? —preguntó Urrutia.

—¿Y qué, querís llevar regalos? —se rió Aylwin espantando el miedo.

—No, pero en la tele todos salen con pancartas y cosas así.

—Vamos a pedirle el estandarte a la Madre Rectora, demás que nos lo pasa feliz.

—Ay, hueona, obvio que no, pero en el subterráneo del gimnasio vi una bandera grande con el escudo de la congregación.

—Ya, Javiera Urrutia, anda a buscarla volando porque nosotras vamos a sacar un spray del taller de arte, pa' escribirle algo. Nos juntamos en cinco minutos aquí, detrás de las flores—ordenó María Paz.

—Dale.

Por reglamento, para evitar los rumores de dudosos encierros y porque gran parte de las paredes del colegio eran de adobe y podían caer ante un temblor, las salas nunca estaban con llave, a lo más con una aldaba. Tomé el tarro de pintura roja y Aylwin lo escondió en una bolsita de género bordada donde ponía la colación. Había que ser bien mala persona para desconfiar de un paquete amarillo pálido con un gatito gris bordado en punto de cruz.

Íbamos felices, tal vez demasiado, cuando en el patio de luz presidido por un San Antonio de cemento a escala real nos encontramos de frente con la octogenaria inspectora.

—En cinco minutos sonará el timbre, así que vayan al baño de inmediato para que después no anden pidiendo permiso.

—Sí, tía.

—¿Qué les toca ahora?

—Biología, con Sor María Adelaida.

—Ya, rápido.

Solté el aire. Me volvió el alma al cuerpo.

—¿Y si nos cachó?

—Nah, no creo —me hice la valiente—. Vamos, rápido, pa' que no lleguemos con ganas de hacer pipí a la Alameda —sus dientes se vieron celestialmente blancos.

Urrutia estaba furibunda de tanto esperar con la bandera y las mochilas, por eso saltó primero a la calle. Justo venía un taxi y Aylwin sacó un billete para llegar luego al paradero, porque Aguirre nos tenía de los nervios con sus veintiún llamadas perdidas.

Extendimos el paño en la vereda que sólo era habitada entre 7 y 8.30 de la mañana y después de las 19, cuando las nanas y los jardineros comenzaban a

salir del trabajo. García, con letra grande y redonda, escribió en diagonal por sobre la insignia del colegio: "Educación de calidad para todos".

—Menos mal que la C22 llega directo al metro— suspiró Javiera en el pequeño bus de color naranja que ahora parecía un furgón escolar atravesando Santiago Oriente entre el ramaje de los árboles rodeados de pasto y rociadores, el escaso tráfico, uno que otro deportista urbano, casas cuyos dueños pretendían convertirlas en chalés ingleses, nuevos edificios destinados a matrimonios jóvenes y varias zapaterías con diseños exclusivos comprados a precio de huevo en Brasil y vendidos como si fuesen de oro gracias al cambio de etiquetas.

Después tal fue la emoción al bajar del tren que nadie alegó por los 40 minutos de encierro bajo tierra que separa a las esquinas de Apoquindo con Américo Vespucio y Alameda con Ahumada, ni tampoco por el silencio casi sacro que guardamos en el andén frente a la majestuosidad de la síntesis de la tortura, el miedo y la opresión en la historia de Chile, plasmada por Mario Toral, quien cerró el sueño artístico y la pesadilla propia con la gran pregunta de Brecht: "¿Qué ganamos con levantar hermosos edificios, fabricar aviones veloces, artefactos que lleguen a otros planetas si no tenemos hombres felices que viajen y los habiten?".

Cruzamos la principal avenida con la bandera del colegio cual trofeo de guerra, si hasta los carabineros se dieron vuelta a mirarnos. Ahí estábamos, orgullosas, cuando segundos antes de que cambiara el semáforo, un joven les gritó "asesinos!" con esa voz propia de la rabia fermentada en el corazón.

La muerte soplabla en mi oído y no me daba cuenta.

—Hola, qué bueno que hayan venido —nos saludaron una a una Felipe y cinco de sus compañeros ante el asombro de un centenar de institutanos—. Ahora hay que caminar un par de cuadras hasta la USACH, porque allá comienza la marcha.

—Oye, pero eso es como lejitos —alegó con ternura Julia García.

—Ni tanto, un par de estaciones no más.

En la noche, con los pies adoloridos, ingresé los datos de la marcha a Google Maps: 4,1 kilómetros. Nunca en la vida, quizás solo para alguna procesión de la Virgen, anduvimos tanto. Menos por la Alameda.

El reloj de la Torre Entel marcaba las 12.04 cuando pasamos frente a La Moneda, palacio cuya belleza inmaculada era reflejada por un par de fuentes destinadas a rememorar el sueño inocente de los libertadores cruzando Los Andes bajo las estrellas. Sin embargo, a pesar de haber crecido con esa imagen prístina debido a que nuestras inscripciones de nacimiento eran posteriores al reinado de Augusto Pinochet, cada 11 de septiembre todavía resonaban las bombas cayendo cinematográficamente sobre la casa de Gobierno, con el presidente solo en uno de los salones dando tal vez una de las arengas más famosa del siglo XX: "...Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor".

Algunos apoderados del colegio se enorgullecían de haber disparado contra él.

De a poco la columna vertebral de Santiago se cubrió de adolescentes uniformados con ropas azul oscuro junto a blusas o camisas blancas, atuendo que consagró el sobrenombre de pingüinos. También a nuestro lado avanzaban, sobre el cemento fragante a goma, cientos de universitarios con sus manos secuestradas por guillotinas de cartón que preguntaban "¿y mi beca?", mientras que varios padres llevaban de la mano a sus pequeños con carteles que cuestionaban a la presidenta recién electa con su propio lema de campaña: "Y tú, ¿estás conmigo?", todo esto en medio de la nostalgia arquitectónica francesa del centro, con sus racimos de uva y rostros de ángeles salientes de los balcones, de ese deseo de alguna vez ser un país desarrollado, culto y refinado que apreciara la belleza en sus diversas honduras.

El adelanto económico ya se podía decir que estaba alcanzado, prueba de ello era la presencia de grandes conglomerados extranjeros invirtiendo en el país, la cantidad ingente de vehículos en las calles a pesar de las quejas por el precio de la bencina y las vastas hectáreas cubiertas por centros comerciales llenos de gente comprando, pero ¿éramos más felices?

—¡Lo que el pueblo necesita es educación gratuita!
—se escuchaba una sola voz compuesta por casi cinco mil gargantas al llegar a la casa de estudios donde, cual dueña de fundo, nos esperaba esbelta la pirámide truncada del Planetario, edificio al que varias veces nos llevaron las monjas a ver las estrellas cuando niñas. Un día Aguirre se mareó con las volteretas del espacio hasta que devolvió el completo sobre mi delantal a cuadritos rosados. Muerta de indignación

le mandé una cachetada, gesto que me costó la apertura de la hoja de suspensiones con una sentencia de tres días.

—¡Educación primero al hijo del obrero, educación después al hijo del burgués! —cantaban los asistentes llevando en alto los carteles rojos con letras blancas que El Mercurio usa para el corretaje de propiedades: "Se vende educación pública".

—Después para ustedes, ¿cachái? —me dijo Felipe con el mero afán de molestar, ya que sus mejillas sonrosadas producto del calor y esos ojos cafés tan suyos no lograban ocultar la felicidad.

"Sólo el amor con su ciencia nos vuelve tan inocentes", escuché a Violeta Parra con su guitarra desde la radio a pilas de un kiosko.

Claro que vine a saber años después quién era Violeta Parra.

En represalia le tiré un poco de agua mineral. "Ya, sin picarse, si fue con cariño", alegó mientras agachaba la nuca para que le mojara el pelo. Entre los miles de manifestantes hacía un calor horroroso, lo que llevó a Rodríguez a compartir con el grupo mediante una sacudida similar a las que daba mi perro orejón después del baño.

—Uy, pero qué gracioso —lo empujó Matías, uno de sus compañeros de curso.

—Ay, la hueona celosa —largó la carcajada Felipe. Comenzaron a patearse. Eran amigos de verdad.

En tanto, las tiernas pecas sobre la nariz de Mosqueira se regocijaban con una máscara de Guy Fawkes que un gentil institutano trataba de acomodar sobre su cara.

—¿Viste "V de Vendetta"?

—Una vez, vagando por el cable, la miré un poquito, esa parte donde sale un tipo cocinando con las manos sin piel, pero a Ignacio...

—Ehhh, no lo nombres —con los dedos me tapó la boca—. No hay que andar invocando al mal —reímos—. Tenís que verla, es como una foto de lo que está pasando, de la gente cansada de obedecer sin una razón que los convenza, que los haga sentir de nuevo, vibrar de nuevo —nunca nadie me había hablado así, pero me gustaba—. La gran moraleja de esa película es que los Gobiernos deben temer a sus pueblos y no al revés.

—¿Y creís que eso es posible?

—Sí no, no estaríamos aquí —me besó en la frente—. ¿Quieres una pizza? Sí, ya sé que no son Papa John's, pero es lo que hay...

Aún no decidía y ya Felipe Rodríguez estaba en la fila de un carrito de supermercado que paseaba a un horno y su balón de gas, listo para por unas pocas monedas alimentar a los manifestantes. La modesta masa con tomate, jamón, queso barato y tres lonjas de aceituna constituía un banquete a orillas del mar debido a las palmeras de Avenida Brasil, a los costados de las personas bailando en zancos a dos metros del suelo y cuatro del infierno, animados por el compás de las cumbias matrimoniales infaltables que movían los pies de ricos y pobres, pasando por la clase media chilena situada en el eterno limbo de las políticas estatales, tal como nosotras levantando la bandera blanca con una estrella atravesada por el nardo que evocaba la pureza de la Santísima Virgen y la pretendida nuestra.

Desde las terrazas de la caldera salían las dueñas de casa, o incluso abuelas de los adolescentes, para arrojarnos agua, naranjas y manzanas.

—Llevamos media hora caminando, ¿es que acaso esta calle no tiene fin? —reparó Aguirre.

—No, llega hasta el Cielo —celebró Pérez, uno de los niños.

Mientras se enfrascaban en un coqueteo disfrazado de pelea, una esquina más allá vi cómo avanzaba un carro lanzaaguas, listo para cubrirnos de líquido robado a las alcantarillas y mezclado con otros compuestos cuyo daño a la piel y a los jóvenes sistemas reproductivos sería comprobado años más tarde.

—¿Va a quedar la cagá?

—Como siempre no más. Pero a los pacos también les gusta el hueveo, ahí te vái a dar cuenta —dijo Felipe Rodríguez esquivando mis ojos.

—Entonces merecemos un último postre antes de morir— por la vereda iba un carrito de helados.

—Jajaja, no, de aquí nadie sale con los pies por delante, con algún rasguño quizás, o bien algo aturdido en el calabozo de una comisaría, pero no con terno de madera.

—Ya, come tranquilo —acerqué a sus labios una barra de yogur congelado cubierta de pequeñas bolitas multicolores.

—Andas con un pañuelo grande, supongo.

—Ehhh... No, ¿por qué?

—Sigue caminando, vuelvo altiro.

Su cuerpo delgado se confundió con la marea de personas que reclamaban "por el sacrificio de nuestros padres, por el futuro de nuestros hijos" con una extraña alegría en sus caras, como si la sentencia no pesara bajo el sol de las doce. Esa era la brisa cálida que empujaba delicadamente a un grupo de niñas bien hacia un lugar desconocido.

Decían que había un parque al final de la inmensa calle. No sabíamos, sólo teníamos fe.

Por la cintura me detuvo su mano izquierda y con la diestra obligó a mi espalda a mantenerse quieta. Fijo el cuerpo, encendidas las pasiones, envolvió mis labios con una kufiyya de suaves hilos blancos y grises, para luego pasar un extremo por sobre la cabeza y anudarla donde comienza la columna.

Saqué un espejo y me devolvió una cara feliz que extrañaba. También lo vi contento en el pedacito de vidrio.

Las capuchas nos sentaban. Aún guardo la mía.

Cuando vimos las cuadras de pasto bordeadas por una antiquísima línea férrea que cien años atrás llevó el cemento de Santiago a Puerto Montt, de los cinco mil caminantes quedaban, con suerte, la mitad tendida en el prado escuchando a un hombre moreno que cantaba sobre un escenario de cajones de fruta, pero provisto de buena amplificación: "Cree que ya nada lo sorprende, que se curó de espanto, desgastó el llanto".

Apenas nos agrupamos a un costado del espectáculo, un carabinero provisto de casco y chaleco antibalas arrojó con todas sus fuerzas una bomba lacrimógena hacia las personas que miraban al músico.

Sin esperar reacciones, Felipe de un tirón me sacó a la carrera desbocada donde lo importante era correr y mantener los pañuelos sobre las narices y bocas debido a que el gas ya cubría todo y nadie sabía, por el llanto inducido, dónde iba. El único ideal que sobrevivía al polvo suelto era el no ser detenidos por los uniformados, a quienes no les temblaba la mano para golpear a un menor de edad.

—Ya, ya pasó, tranquila —Felipe rodeó mi cuerpo con los brazos desnudos por la camisa arremangada.

—Las niñas, ¿dónde están? —levanté la cabeza con los ojos hinchados.

—Pucha, no sé, pero vamos al escenario, seguro que volverán ahí.

—¿Y si están presas? —lo que nos faltaba para terminar de matar a los viejos.

—No, no creo, o sino desde acá se escucharía el berrinche.

Por primera vez sentí hermoso el brillo metálico del tratamiento de ortodoncia reflectado en su mirada misteriosa como un laberinto de cubas. Solicité piedad al demonio que las habitaba y humedecí los labios secos por los químicos con que se reprimió a la juventud chilena en 2006, a lo cual Felipe respondió con plegarias desconocidas por mi paladar.

Lejos, muy lejos, escuché a la gente correr en medio del calor de las bombas molotov, una barricada y la guitarra de Manuel García entonando las palabras de Víctor Jara: "Indochina es un lugar más allá del ancho mar, donde revienta la flor con genocidio y napalm. La Luna es una explosión que funde todo el clamor...".

Cuando la sincronización de las lenguas y mandíbulas ya era digna de un ballet ruso, Rodríguez me agarró las muñecas ante el sonido de los bototos de las Fuerzas Especiales.

—¡Corre! —gritó y vi a menos de diez metros dos guanacos cual elefantes armando cortinas de agua con sus trompas.

Después de un par de cuerdas por entre los árboles, los rieles dormidos en el abandono y los rayos del Sol infiltrándose en la Tierra luego de acariciar el follaje, con Rodríguez nos escondimos en las ruinas de un puente ferroviario abrazado por la maleza. Aún

tomados de las manos bajo la consigna implícita de lo que pase a uno le pasará al otro, con las pupilas agitadas dijo "te quiero", antes de otro beso.

Sus dedos, todavía sudorosos por la maratón, reacomodaron el pañuelo sobre mi cabeza, el que ante la policía me tornaba inmediatamente culpable de vandalismo para, después de ajustarse la mochila, agarrar un pedazo de cemento.

—Ven, bonita, vamos a jugar un rato.

—¿Eris tonto o te hacís?, ¿no veís que por eso podemos ir a la cárcel? —me miró incrédulo— o, por último, ¿acaso no sentís cargo de conciencia si le llega a un paco y lo deja sangrando?

—Ay, Marianita de Jesús, Marianita de mi corazón. Mira —indicó hacia el campo de batalla—, cada uno tiene su forma de hacer la revolución y hay algunos que creemos en la vía armada, sólo es eso. Aunque también es un poco para botar la rabia contra el sistema, mal que mal, si logro entrar a la universidad, una vez que salga estaré endeudado veinte años con el crédito. Luego, en el momento en que comience a trabajar, la previsión me quitará el resto de los cuatro pesos del sueldo con tal que, al final, de nuevo deba pedir plata al banco para comprar una casa y pagar la educación de mis hijos. ¿Crees que eso es justo?

—No —me sentí una idiota—. Pero el paco tampoco tiene la culpa.

—Sí sé que no, pero él representa al Estado, a la autoridad que cada tarde come pan caliente convencida de que todo está muy bien. Aparte —agregó con aplomo— tus queridos carabineros llevan cascos, chalecos antibalas y escudos, así que dudo que les pase algo.

Ante lo evidente, nerviosa, le di la razón.

A pocos pasos estaban sus compañeros, reconocibles ahora sólo por la insignia y las voces, a los que Rodríguez nombraba como si las capuchas fueran invisibles. Arrancamos juntos de los gases del zorrillo, sobre el cual explotó una botella de cerveza originando un pequeño incendio ambulante y desesperado que un guanaco redimió.

—Ándate con los cabros, voy altiro.

Nos soltamos y vi con un leve dejo de orgullo cómo su peñasco rebotó contra un pecho a prueba de balas, quien nos devolvió una lacrimógena y, no sé por qué, medio asfixiados, reímos a pesar de que frente a nosotros llevaban tomado por los brazos y pataleando en el aire a un chico de no más de quince años.

En una esquina del escenario, protegidas tras una cortina de gritos, permanecían las niñas abrazadas a un árbol cuyo ramaje llevaba por parte baja un siglo refugiendo a los viejos que, en días normales, pasaban la tarde hablando de antiquísimas guerras y cotidianas glorias.

—¡Tenemos que sacarlas de ahí, tonto hueón!

—Espera, espera un poco —Rodríguez hablaba con uno de sus amigos que se paseaba agitando una botella explosiva, quien se limitó a levantar los hombros frente a mi alegato.

Claro, el problema era de las pendejas cuicas que estaban rodeadas por los carabineros y las cámaras de la tele. Felipe algo le discutió al oído y el tipo palmoteó su espalda cuando una bomba estalló a ras de suelo y en medio del grupo destinado a restablecer el orden.

—¡Quémate las bolas, paco culia'o! —gritó una joven desde un balcón.

Refugiadas en la confusión, las niñas atravesaron el cerco imaginario con las piernas temblando de miedo, pero bajo otro brillo, una luz que imitaba el rostro de las vírgenes de Rossetti.

